

LA FLOR DEL AMOR

El ocaso de mi vida esta próximo. A lo sumo viviré una semana más. Fijo que no llegó a dos. No hace ni una semana que conozco a Julián, pero el tiempo compartido junto a él vale por toda mi vida. Le amo, lo confieso, desde el primer momento en que le vi, le amo.

Trabajo, o más bien, trabajaba en una floristería. Siempre me ha gustado andar rodeada de flores, ver sus maravillosos colores, olerlas, disfrutar con su presencia. Descansar en un jardín florido, deleitarse con el silencio roto únicamente por el susurrar del viento, reclinarse sobre el césped y dejar a los rayos del sol penetrar por cada uno de los poros de mi cuerpo, sintiendo su calor, es uno de los mayores placeres de la vida. Pero sobre todo, lo que más me gusta de las flores es lo que representan: al amor. Cuando un joven quiere mostrar sus sentimientos se suele recurrir a las flores para hacerlo. ¡Qué bonito es que tu enamorado te regalen flores! Sentirse querida, saberse amada... ¿qué mayor placer puede reservarnos la vida?

Como se puede comprobar soy toda una romántica. Que le voy a hacer. Es mi carácter. Siempre he sido así. Recuerdo, cuando siendo muy joven, miraba a través de la ventana suspirando, como las protagonistas de las novelas antiguas, por mi príncipe azul. ¿Cómo sería? ¿Cuándo lo conocería? ¿Me entregaría, sin dudarlo, al momento o me tendría que hacer la difícil? Pero ¿sería capaz de controlar la pasión, que sin conocerle, ya latía en mi pecho? No lo tenía muy claro, pero esperaría hasta que apareciera y en ese momento seguro conocería la respuesta a todas mis preguntas.

El amor... que bonito es el amor. Cuántas veces, por la noche, encerrada en mi misma, he soñado con él. Al despertar, siempre encontraba una lágrima, supongo de tristeza por carecer de semejante sentimiento. Cuántas veces he anhelado tener a alguien en quien concentrar mis pasiones, susurrar su nombre, enamorarme aún más viéndole venir a mi encuentro, estremecerme hasta el punto de morir de éxtasis oyendo sus tiernas palabras de amor. Amor... lástima que te haya conocido tan tarde, pero te agradezco me hayas venido a visitar en mis últimos momentos. Ahora que te conozco puedo decir que realmente he vivido.

Le quiero tanto... Y, él, aunque siempre tan frío conmigo, es tan atento. No me importa que quiera a otra, yo a él sí que le quiero. Deseo disfrutar de estos mis últimos momentos a su lado. Le daría todo, incluso mi vida si es que me quedara algo. Pero es tarde, siento cómo se aleja mi espíritu de mi cuerpo con estas palabras. Dicen que duraré una semana más, pero quizás al término de esta carta deje de existir. Quiero dejar constancia de mi amor, no quiero que se olvide, no me importa que nadie me recuerde a mí,

pero no puedo permitir que un sentimiento tan hermoso pase al olvido. Mi corazón quiere, más bien necesita, hablar o gritar mejor. Que se entere todo el mundo. ¡Le quiero! ¡Le amo! ¡Le adoro! ¡Mataría por él! ¡Le daría todo! ¡Vendería mi alma al diablo! ¡Haría lo que fuera por él!

Fue el catorce de febrero, el día de los enamorados, cuando le conocí. El destino nos uniría para no volver a separarnos. Todo fue muy raro. Una serie de casualidades nos juntaron. Lo habitual es que los chicos regalen flores a las chicas. Sin embargo, para sorpresa nuestra el día anterior al de los enamorados, entró en la floristería una joven para encargar una única flor con la que declararse a un chico. A todos nos sorprendió lo extraño de la petición, mas sinceramente creo que ya es hora de que los tiempos evolucionen y las chicas también demos el primer paso, si bien, yo nunca lo haría, más por timidez que por otra cosa. Además, desde el punto de vista de la tienda, lo que interesa es vender, y que sea la chica la que regala las flores al chico o al revés a nosotros, mientras paguen puntualmente, nos trae sin cuidado. Se tomaron los datos del destinatario y al día siguiente, nos encontrábamos el repartidor y yo, delante del timbre del joven que debía recibir la flor del amor.

No es que yo me encargue de acompañar al repartidor en todas las entregas, de hecho, esta era la primera vez. Lo que tenía era mucha curiosidad por conocer al joven que despertaba un sentimiento tan profundo en una chica hasta tal punto de romper los convencionalismos y regalarle ella a él una flor en el día de los enamorados. Siempre he sido muy curiosa.

Cuando abrió la puerta sentí un mareo. Era muy guapo, demasiado para mí. Estuve a punto de caer. Él lo notó y agarrándome, me hizo pasar al salón, en donde me ofreció un vaso de agua que con gusto acepté. Por aquel entonces yo ya me encontraba herida de muerte. Mis días estaban contados, pero quería disfrutarlos al máximo. Viendo que no mejoraba, Julián, que así se llamaba mi príncipe azul, me trasladó hasta su habitación. Mi cuerpo estaba frío. Él subió las persianas al máximo para dejar entrar la mayor cantidad de luz, y sentándose a mi lado, me susurró palabras para que me calmará. Mi corazón, en lugar de tranquilizarse, se aceleró oyendo la dulce voz de quien le hablaba. Me creía morir. Lo tenía tan cerca, su aliento me rozaba, podía sentir el calor de su rostro, su cariño.

Desde ese día me encuentro en su habitación. Apenas puedo moverme. Él me cuida. Debe sentir algo por mí porque sino no se tomaría tantas molestias. Pero, si lo siente, no me lo dice. De vez en cuando, cuando el dolor es insoportable, me trae una aspirina. Mi vida se consume, pero no me importa. Le quiero, aunque él quiera a la chica que fuese a nuestra tienda. Quiero quedarme aquí hasta el final. Por

una parte, siento tristeza por haberlo conocido al final de mis días, pero por otra, alegría, pues por fin he conocido lo que es el amor.

Me estoy quedando sin fuerzas. El sol se oculta por el horizonte. Quizás mañana ya no despierte. Me consuela saber que Julián siempre me recordará: para él no soy una flor cualquiera, sino la rosa que su novia usó para declararse. Soy la flor de su amor.

Autor: AMLP